

E ENTREVISTA

nen dentro como un tabaco, unas hojillas que las ensucian. Cuando ya están cepilladas, las cortamos en diez hojas, por ejemplo. Y las metemos en una bañera con agua y lejía. Cuando la palma ya está más bien amarilla, se escurre, se seca, y toca entonces trabajarla, coserla, montarla... que es lo que estamos haciendo ahora mismo. Luego se recortan otra vez, se mojan y se meten en una azufradera.

¿Una qué?

Es una lata redonda. Metemos azufre en polvo, clavamos azufre en barra y lo encendemos... ahí va la palma. Cierras la tapa de la azufradera y cuando la vuelves a abrir la palma ya está a punto. Sale bien amarilla. Pero hay que tener una habitación adecuada para todo eso, con todas las paredes forradas de plástico, porque si se escapa el aceite del azufre la palma se queda seca y hay que tirarla. Además, el azufre echa un humo que es tóxico. Esa es la parte peligrosa que te decía.

Artesanía pura, cien por cien, como ya

no se encuentra en casi ninguna parte. Ahí está el secreto de las palmas de los gitanos. A diferencia de esas otras palmas que se hacen en serie, en fábrica, nunca hay dos palmas artesanales idénticas, aunque el modelo sea el mismo. Ellos van haciendo, en parte por gusto y también por necesidad. Carmen aprieta los labios y tira de una hoja, de otra, nos muestra palmas que, si le echas imaginación, parecen una copa de cerveza derramándose o tal vez una catarata de agua dorada.

¿A ti te gusta hacer esto?

Bueno, todos lo hacemos por gusto y por necesidad, aunque más por la necesi-



dad... pero como sólo es una vez al año, pues casi siempre lo esperas con ansia. Eso sí, hay que trabajar duro. Empezamos dos meses antes del Domingo de Ramos, y es un no parar.

Esta artesanía parece ser exclusiva del pueblo gitano. ¿por qué?

Bueno, es que es una cosa que ya viene transmitida de padres a hijos, hace muchísimo tiempo... y a mi me parece que hay

que tener «duende» para hacerlo. Pero, sobre todo, piensa que estas cosas son de gente que se busca la vida como puede. Y eso es lo

que nos pasa muchas veces a los gitanos.

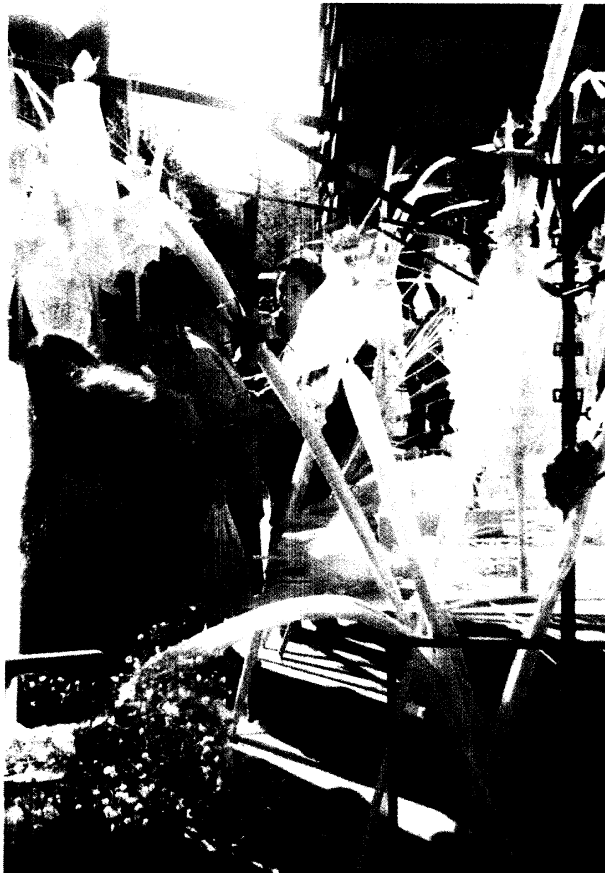
Cuando no está trenzando palmas, Carmen Toribio acompaña a su madre al mercadillo. Van casi toda la familia junta, aunque no estén todos en la misma parada.

No es muy corriente, en el resto de la sociedad, esto de ver a una familia entera trabajando en lo mismo, casi codo con codo, ¿Qué opinas tú?

Bueno, nosotros somos una familia que sale adelante... yo voy con mi madre al mercadillo, o sinó me quedo en casa a cuidar a los pequeños. Cada uno hace lo que tiene que hacer.

Pero, ¿A ti te gusta lo que tienes que hacer?

(Se queda como pasmada,



frunce el ceño, mira de soslayo a su madre). Mira (Se ríe). Qué quieres que te diga!... yo, aparte de esto, me gustaría estudiar porque nosotros, lo que queremos, es integrarnos en la sociedad. Mira, ese hermano pequeño mío que está en el sofá no quiere aprender a hacer pal-

mas, porque si aprende tendría que trabajarlas, claro, y él quiere hacer otras cosas. Otro hermano mío quisiera ser futbolista o encontrar algún trabajo también, aunque sea sin cobrar, sólo por aprender un oficio... pero como sólo tiene quince años, no puede.

¿Piensas que a los gitanos se les conoce realmente, Carmen?

Nosotros, aquí, ya nos sabemos comportar para que se nos respete. No tenemos ningún tipo de problema. Antes que payos o gitanos, conviene recordar que todos somos personas.

Según Carmen «el Domingo de Ramos, las palmas se venden como rosquillas»

Tu padre, ¿en qué trabaja?

Estaba trabajando, pero lo despidieron. Y claro, ahora, como no tiene nada, pues se ha echado al mercadillo.

En todas partes cuecen habas. Sonríe el padre, desde el sillón, al sentirse aludido. Intercambian una mirada en clave de complicidad.

¿Hablas catalán?

Un poco.

Institúa una pequeña mueca, casi como si se excusara. Encoge los dedos en un puño, sobre la mesa. No acaba de dejar de sonreír, en ella la sonrisa es constante.

¿Cómo te ves de mayor, dentro de unos años?

Pues... Dios dirá. Depende de lo que salga.

Y vuelve al amasijo de palmas sobre la mesa, su presente y futuro inmediato por el momento. Esas palmas tan bellas, y que a la vez revelan algo muy hondo, muy al margen, muy urgente. Al despedirnos, Carmen cubre de un vistazo circular al numeroso y alegre clan que la rodea.

Es muy importante entre vosotros el espíritu de familia, ¿verdad?

Sí, es lo más importante.

Lo corroboro.